

GACETA UNIVERSAL

HOJA LITERARIA

AÑO II.—DOMINGO 25 DE MAYO DE 1879.—NÚM. 46.

Bellas artes.

Es indudable que de los conocimientos adquiridos por los caldeos, que formaron la primera sociedad en la Siria, no ha quedado memoria, ni del lugar que ocuparon las vastas ciudades de Babilonia y de Ninive, ni de todos los primeros pueblos del Asia, que no pueden calificarse sino por conjeturas, sin encontrar un dato cierto para fijar ideas acerca de sus antiguos monumentos.

Las descripciones hechas por los que han visitado la Persia, de las ruinas de sus ciudades, especialmente de Persépolis, dan una idea clara y positiva de que, cuando menos, la arquitectura llegó á una perfección eminente, atribuyéndose á la estrechura de sus vestidos y á su religión, que prohibía exponer á la vista la desnudez, y á que se les pueda citar como á maestros de ningún otro pueblo.

La opinión generalmente formada respecto de los fenicios, es de que llevaron las letras á Grecia, cuando los condujo Cadmo, fundador de Tebas, los cuales fueron llamados por Salomón para construir y adornar el templo y el palacio de los reyes de Israel, por no hallar en su pueblo quien edificara monumentos tan célebres por su majestad y magnificencia, y que siendo aliados de los etruscos, les comunicaron los conocimientos científicos que poseían.

Más, según el testimonio de Herodoto, apoyado en la autoridad de los autores persas, y confirmado por un escritor tan juicioso y acreditado como Winckelmann, cuando compara los rasgos característicos de las obras de varias naciones, no se mira la célebre Tiro más que como una antigua colonia de Egipto, así como Cartago lo fué después de Tiro, en vista de lo cual lo lógico es atribuir á los egipcios la gloria de haber comunicado sus conocimientos artísticos á los naturales de Fenicia. Así, pues, siempre se considerarán las orillas del Nilo como la fuente científica, cuyo raudal difundió por los pueblos vecinos al Mediterráneo las ciencias y las bellas artes.

La señora del mundo, la soberbia Roma hubiera podido brillar con los preclaros talentos de sus propios ciudadanos, inspirados por su templado y hermoso cielo, como en tiempo de Leon X, si sus hijos no se hubieran dedicado con toda preferencia al ejercicio de las armas. Regidos casi por las mismas leyes que los lacedemonios, perturbaban durante siete siglos la Italia y los países fronterizos. Aunque tan rústicos como aquellos, fueron más diestros en política, y tuvieron la habilidad de profundir en los pueblos subyugados un profundo respeto al título de ciudadano de Roma, que todos deseaban poseer.

Si Roma se hubiera mostrado propicia para adquirir los conocimientos de sus vecinos, fácilmente los hubiera conseguido, porque no había una población más bien situada que ella para este fin, ni que contra con vecinos más bien dispuestos para transmitirlos. Los pueblos antiguos, cuando por el exceso de población se veían precisados á enviar colonias á las regiones en que deseaban establecerse, acostumbaban á civilizar á los habitantes que en ellas residían, porque lo consideraban como el medio más seguro y adecuado de afirmar por largo tiempo su poder, y aumentar sus gozos y sus súbditos.

Roma estaba rodeada de naciones antiguas, y la más considerable de ellas era la de los etruscos, en la Italia superior, país que se extendía desde la orilla del Macra, límite de la Liguria, hasta el Tíber, que le separaba del Lacio, y tomó después el nombre de Toscana. Este poseía vastos conocimientos de la filosofía natural, en que se fundaba su religión, y de las ciencias humanas. Todavía se descubren allí antigüedades que demuestran la fortaleza que caracteriza á las obras de los egipcios, datos que inducen á creer que los etruscos fueron una de las primeras colonias egipcias. Si bien tenían aquellos como ésta una lengua sagrada que ignoraba el vulgo, cuyos caracteres consistían en jeroglíficos, construían sus templos con más elegancia que los egipcios, aunque con más sencillez de la que usaron al principio los griegos. Diósele el

nombre de toscano al orden que formaba su decoración, que es el mismo que hoy tiene aquel país, y las graciosas vasijas antiguas de tierra roja de Arezo, ciudad de Etruria, que contienen figuras negras, que aún se denominan de aretinos y etruscos, imitando completamente á la escultura de los egipcios. Y á juzgar en vista de los monumentos que se conservan en nuestros días, pudiera haber transmitido cuanto sobre este arte había aprendido, si se hubiesen presentado discípulos tan aficionados á saber como los griegos.

Más los romanos, poseídos de una desmedida ambición, como no tenían más objeto que el de las conquistas, sólo tomaron de los pueblos vecinos todos aquellos conocimientos que pudieran facilitarles la victoria y hacerse temer de sus enemigos, y de los etruscos el arte de los agujeros y vaticinios, instituyendo los arúspices, que después de consultar las entrañas, de las víctimas y el vuelo de las aves, convertían en legítimas las guerras que emprendieron.

Todos los historiadores de la antigüedad están acordes en que las colonias frigias se trasladaron del Asia al Lacio, cuyos descendientes fundaron la ciudad de Roma, y por lo tanto, sus moradores hubieran podido recibir de los indígenas los elementos de las ciencias y de las artes, si no estuvieran poseídos de la idea de subyugarlos é incorporar lo más florido de aquellas poblaciones á las legiones romanas.

También pudieron los romanos haber tomado de los griegos que se establecieron en las costas de Italia meridional, que llamaron Grecia Magna, las grandes nociones que éstos habían perfeccionado, si la enemistad que los troyanos tuvieron contra los griegos y que vivaban los romanos, porque se creían descendientes de Eneas, no hubiera ocasionado la guerra entre aquellas dos naciones. Como quiera que la tradición les recordara el haber destruido á los pelagos, su antigua patria querida, no pudo haber entre ellos reconciliación sincera. Desconfiaban de los griegos, apesar de las ofrendas que hacían á los dioses, y no podían desprenderse del vehemente deseo de dominarlos, hasta que se apoderaron de toda la Italia y de la Sicilia, en que florecían entre las cartaginesas varias colonias griegas, ni del espíritu de venganza que ocasionó la guerra de Aenya, el incendio de Corinto y la esclavitud de Grecia.

Todos los que, estando poseídos de respeto y admiración hacia el genio que desplegaron los romanos durante muchos siglos, se dedican á consultar los anales que consignán las acciones que les granjearon el aprecio de la posteridad, advertirán que la época más gloriosa de la república romana, por su valor y constancia, no fué la que ha dejado mayor número de monumentos; antes, por el contrario, de las obras de aquellos tiempos de destrucción no hubiera quedado memoria alguna si no la hubieran conservado los sabios que aparecieron en los prósperos reinados de algunos de sus primeros emperadores.

¿Cómo era posible que las legiones que habían presenciado impávidas la destrucción de Roma por los galos, y los progresos de Pirro en Italia, que habían sobrevivido á las victorias de Aníbal y á las guerras contra extraños, pensasen en construir monumentos sólidos, siendo así que esto se lo tiene reservado la paz? Ellos tan sólo se ocupaban en formar trincheras, en construir fortalezas y en mirar, trasparar montes, y miraban desdeñados á todos los artistas y á sus obras.

No se vieron éstas en Roma hasta tanto que tuvo lugar la ruina de Carago; y estas obras de arte fueron trasladadas á aquella capital con los restos del pueblo vencido, las cuales desde entonces completamente, porque Mario y Sila no eran genios aptos para conservarlas, ni menos para fomentarlas. Y no se diga que Sila protegió las artes, pues no hizo más que despojar á Atenas de las obras maestras, para embellecer con ellas la Italia. Y si dispensaba algún favor á los poetas, era sólo con otro fin que el de que le adulasen. Los hombres más distinguidos de la república romana no eran aficionados á las bellas artes; apropiábanse las obras de más mérito; y en cuanto á las ciencias,

preferían la dialéctica, porque con ella alcanzaban aplausos y las dignidades de cónsul y dictador.

Es peculiar de todas las repúblicas esta conducta; á los grandes imperios y monarquías no parece sino que les es inherente la protección y fomento de las nobles artes.

Luégo que César concluyó sus conquistas, no tuvo tiempo bastante para desplegar su vasto ingenio. Reservado quedó para el siglo de Augusto el reinado de las ciencias y las artes en Roma. Mecenas, su primer favorito, colmó de distinciones y recompensas á los habitantes de aquel país que cultivaban la poesía y las artes, los cuales eternizaron por gratitud su nombre en los fastos sucesivos. El mismo vencedor de Accio, opresor de sus compatriotas, sentado en su trono fundado sobre los escombros de la república y del Senado, mientras fué conquistador se atrajo el odio de Roma; mas luégo que protegió los grandes ingenios, ganó el amor de sus pueblos. A no ser por esta conducta, hubiera quedado confundida su memoria con las de Tarquino y Catilina, y no se hubieran olvidado los rios de sangre que hiciera correr su ambición, si no hubiera protegido á los ingenios sobresalientes en las ciencias y en las artes.

Distinguiéronse después Vespasiano, Nerva, Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio, menos célebres por sus víctimas que por los monumentos que mandaron construir en Roma, en Italia, y por casi todo el orbe. Mas la altanería de los emperadores subsiguientes enfrió velozmente el fuego del ingenio, asegurando Tácito que en sus días de consternación perdieron los romanos hasta la pureza de su lenguaje.

En cuanto á la pintura, reducése los cortos restos que han quedado para formar juicio sobre esta arte á los pavimentos mosaicos que exornaban algunos sepulcros, al templo de Praeneste, á la quinta Adriana, á las termas y otros varios, así como algunos fragmentos pintados al fresco, hallados en las ruinas de Roma, cuales son las bodas aldobrandinas con que estaba decorada una parte de los baños de Tito, en las que apenas se puede advertir su primitiva belleza por el desmejoramiento que les ha causado el humo de las luces de los que las han inspeccionado.

Buena muestra da de su composición, una de las principales partes de que se compone la pintura, la colección que se ha hecho de ellas. Además de esto hay recogidas las pinturas de las Catacumbas, cuyos argumentos, tomados del Viejo y Nuevo Testamento, se hicieron en los primeros siglos del Cristianismo. Observando atentamente las ruinas de dicha ciudad, el ojo perspicaz advierte que las grandes obras de que proceden fueron ejecutadas por los griegos que vinieron á Roma desde su patria como esclavos hechos en la conquista, pues las pinturas tan no expresan los usos, el carácter y las costumbres del pueblo romano, sino que trasportan la imaginación y el espíritu del observador á las ruinas de alguna ciudad del Peloponeso.

Otro tanto podrá decirse respecto de las estatuas y fragmentos que dan á luz las excavaciones de Roma y de sus cercanías, de las cuales la mayor parte tienen impreso el sello de la mano griega, y se trasladaron allí para realizar la pompa de las victorias de los romanos; exceptuando las estatuas adornadas con la toga, los retratos y algunas figuras de gladiadores, los bajos relieves de los arcos de Tito y de Vespasiano, y los de las columnas de Trajano y de Aurelio, podrán ser hechas por romanos, mas todos los inteligentes que las cotejan con las esculturas de mano griega, aseguran que, si bien merecen aprecio por la esbeltez de los ropajes, la figura de las armaduras, de las máquinas de batir, por lo que hace á la belleza de las formas, al dibujo y á la viveza de expresión, son muy inferiores á los trabajos de los griegos.

Peró si muy por debajo se hallaron los romanos de los griegos respecto de la pintura y escultura, muy superiores fueron á todos los demás pueblos del mundo en sus obras arquitectónicas; si no en la extremada fuerza de los monumentos egipcios, ni en la pureza del estilo, gracia

y elegancia que contienen las de los griegos, lo fueron en la grandeza de sus planes, en la majestad de sus edificios y en la solidez de sus fábricas, primera cualidad de todo trabajo arquitectónico, de que por desgracia van careciendo cada día más las obras de España de pocos años á esta parte, no por falta de reglas, sino por sobrada ambición de los que las administran y dirigen. Bien fuera porque los romanos lo aprendieron de los extraños, ó bien porque estuviesen exentos de corrupción y flojedad en materia de construir, acomodaron el arte á sus costumbres, y encaminaron su criterio á edificar todo de manera que llevase impreso el carácter de su nacionalidad. ¡Qué grandes resultados no ha dado á las naciones el espíritu nacional! ¡Cuán desastroso no ha sido para ellas su decaimiento! A la primera ofensa se ve hasta en los dibujos de la manera y género de estructura del romano son enteramente suyos en todas las obras donde no intervinieron operaciones ni materiales de los pueblos que habían conquistado, como los obeliscos de Egipto, las columnas griegas, los adornos que con las esculturas, vasos y otros objetos preciosos trasladaron á Roma.

Si la grandeza de las ruinas de aquella ciudad, que se han salvado de las injurias que le causaron los siglos de la barbarie, no apoyaran la exactitud de las descripciones de los historiadores, no bastarían éstas para hacernos creer la magnificencia de la metrópoli del mundo en los días de Claudio César, compuesta de 7.000 vecinos, adornada de templos, de teatros, de círcos, de palacios, de baños y de casas de buena construcción.

El más hermoso y elegante que entre todos los monumentos se conserva, según la opinión general de los peritos, es el panteón denominado la Rotunda, cuya fachada, que por todos sus ángulos rebosa magnificencia, contiene un pórtico compuesto de ocho columnas de granito oriental con basos y capiteles de orden corintio, guardando su interior correspondencia con la hermosura del exterior.

En segundo lugar, el airoso templo de la Fortuna varonil, de orden jónico, el de Vesta, el Fano de figura circular y mayor que el Panteón, y los dedicados á Jano, á Marte, á Minerva, á Juno y al Sol. Descubren sus asombrosas dimensiones los fragmentos de las tres columnas del templo de Júpiter Tonante, construido en tiempo de Augusto, con su lindo friso; las del pórtico de la Concordia, otra columna aislada con su chapitel del tiempo de Antonino y Faustina; las de pórtico con su entablamiento y las puertas de bronce del de Rómulo y Remo; los tres grandes arcos del templo de la Paz, acabado en tiempo de Vespasiano, con la columna que se conserva en Santa María la Mayor; los restos del templo de Apolo y Diana; las enormes columnas del de Júpiter Stator, con sus excelentes capiteles, y las fustas, chapiteles, cornisas, esparcidas en varios puntos ó empleadas en edificios particulares, miembros arquitectónicos de templos de que no se tiene ya memoria alguna.

El más magnífico de los teatros es el coliseo, ó sea anfiteatro Flaviano, cuya primera piedra fué puesta por Flavio Vespasiano, y la última colocada cuando Tito obtuvo sus victorias en Judea. Tres órdenes de maravillosa sencillez la decoraban, colocados uno sobre el otro, y sobre el último otro cuerpo de pilastras; el inferior, como lo exige el arte, por su robustez era dórico romano; el segundo, jónico; el tercero, corintio, y las pilastras, del orden compuesto. Del teatro de Marcelo, uno de los trozos más bellos de arquitectura antigua, solamente se han conservado los dos cuerpos inferiores, y de otros quince círcos, algunos fragmentos.

Véanse asimismo bóvedas inmensas, galerías subterráneas pintadas al fresco, y adornadas de ricos arabescos, de los baños de Tito. De los de Caracalla no ha quedado más que salones en ruina adornados de estatuas, donde podían bañarse á la vez más de 2.000 personas. Y la dilatada serie de arcos de los acueductos inmensos por donde corrían las aguas á surtir la ciudad entera, los mercados de Augusto y de Antonino Pío, en cuyo centro se elevaba la columna de Antonino; en el de Nerva, donde se perciben los vestigios del templo

de Marte que edificó Augusto, y las columnas corintias y estriadas de mármol griego, de un tamaño prodigioso, con rico follaje y una Minerva en bajo relieve, y en el mercado de Trajano, el más espacioso y magnífico de todos, que contiene la columna que lleva el nombre de este emperador formada por Polidoro.

Cual si fueran orlas de un rico manto, adornaban la circunferencia de Roma puertas y arcos triunfales dedicados á la memoria de los hechos de Tito, de Séptimo Servio y de Constantino, con bajos relieves que, comparados con los que se pusieron después en los parajes que ocupan, declaran la degradación á que había llegado la escultura en aquella última época.

Si los pueblos asiáticos, para demostrar el sentimiento que les causaba la muerte de sus seres queridos, usaron de objetos de mucho precio; si los egipcios se propusieron eternizar con pirámides gigantes, la memoria de sus príncipes, y si los griegos manifestaron con primorosos monumentos sepulcrales la veneración que les merecían los virtuosos, los sabios y los héroes, Roma, ya capital del orbe, quiso seguir aquel ejemplo, y el mausoleo de Augusto, del que no quedan más que pocos restos, y el sepulcro de Adriano, hoy castillo de Santángelo, que casi nada conserva de su magnificencia; el de Cecilia Metela, esposa de Craso, y otros varios debieron causar admiración, respeto y recuerdo, aunque no sea más que por su simple forma. Y como en Menfis, las pirámides, como la de Cayo Sextio, inmodista á la puerta de Ostia, se hacían notar por su ornato, piedra y metales preciosos, que últimamente contribuyeron á su ruina; y en los caminos, á usanza de los griegos, construyeron en sus laderas gran número de sepulcros de diversos materiales, de cámaras y sarcófagos sepulcrales de varias formas.

No menos hermosas á esta capital las quintas de los emperadores y de particulares situadas en Palestrina, en Grotta, en Ferrara, en Frascati la granja tusculana de Cicerón en Tivoli, donde están las ruinas del templo de Vesta y la casa de campo de Mecenas; la quinta de Adriano entre Tivoli y Roma, donde había juntado aquel emperador muchos monumentos, recuerdo de sus viajes, y construido un anfiteatro, un teatro, un circo, un campo eliseo, templos, baños, hipódromo, un lago cuyas cristalinas aguas, que se mecían entre muros revestidos de mármoles, soportaban el peso de las naves que representaban los combates marítimos; y por último, donde se han descubierto los fragmentos de las más bellas esculturas y mosaicos de los museos de Roma, de lo que bien se puede formar la continuación y complemento de las obras portentosas de Egipto y de Grecia.

El relato que precede induce á clasificar las magníficas obras asiáticas y romanas de este modo: unas, como las pirámides de Egipto, el mausoleo de Augusto, los templos de la Rotunda, el de la Fortuna varonil y los arcos triunfales, como los de Tito y Vespasiano, de pura pompa y ostentación; y otras, como los puentes, caminos, canales, termas, baños y puertos, de pública utilidad, para investigar los medios con que contaban aquellas sociedades á fin de realizar tan magníficas obras.

Peró no hay que esforzarse el cálculo para esto, pues que la historia nos enseña que los esclavos eran los que se ocupaban, no sólo en lo material de su construcción, sino en su dirección y proyectos. Eran esclavos, no sólo los que cultivaban los campos, llamados colonos, sino todos los que ejercían en Asia y Roma las artes y oficios, ó hacían el comercio por cuenta de sus señores, y los que tenían escritorios y tiendas. Unos trabajaban en el argástulum, ó sea taller de sus amos; otros en las obras públicas, como según Atheno, había particulares que poseían hasta 20.000 esclavos, que compraban en los mercados, entre los cuales había algunos que tenían señalados en sus carteles precios muy subidos por su vasta instrucción, salud y buenas formas. Gran número de éstos procedían de los prisioneros que caían en poder de los vencedores, siendo tan malo el tratamiento que recibían, que, según Tito Livio, hacían exclamar á los filántropos cuando los veían llegar: ¡Ve victis! ¡Ay de los vencidos!

Es evidente, pues, que estos séres desgraciados, á quienes se les castigaba con crueldad la menor falta que cometieran, habian de producir un ahorro de importancia en el coste de las obras, porque no acostumbraban aquellos pueblos á satisfacer separadamente el acarreo ni construcción de materiales, ni los planos ni dirección; todo lo cual, unido al penoso y asiduo trabajo manual, lo remuneraban solamente con una buhardilla, con una túnica tosca de lana y con una ración de granos, sal y legumbres, y porque cuando sus enfermedades no tenían cura, eran abandonados ó los mandaban á un islote de Roma nombrado Esculapio, donde perecían brevemente en el más completo abandono.

JOSÉ MARÍA MONEDERO.

Alonso Berruguete.

En la villa de Paredes de Nava, provincia y diócesis de Palencia, nació por el año 1480 este célebre artista, hijo de Pedro Berruguete, pintor á la sazón del monarca Felipe I.

Iniciado en los principios del arte desde la edad más tierna, al mirar descender á su padre al sepulcro fuese á Italia, plantel de inesperados artistas, centro de ilustres maestros.

Miguel Angel, Leonardo Vinci, Rafael de Urbino y toda aquella brillante cohorte de genios que enriquecieron con sus gigantescas concepciones los anales del arte, se agitan entonces en aquella región, tan hermosa como desgraciada.

Expuesto al público en Florencia el famoso Carton, que de orden de Gualdonier Soderini hizo Bonarroti en competencia con Vinci, para pintar la guerra de Pisa en una de las fachadas del salón del gran Consejo, Berruguete, como discípulo de su autor, acudió á estudiar en él, despues de lo cual llegó á Roma en compañía de su maestro, en 1504.

En este templo suntuoso del arte, en esta Ciudad Eterna, Alfonso, que al lado de su maestro habia aprendido á manejar lo mismo los pinceles que el martillo, igual la paleta y los colores que el cincel y las piedras, ayudó á ejecutar las obras que el discípulo de Chirlandajo llevó á cabo de orden del Pontífice Julio II, y encarnándose en el estilo vigoroso y puro de tan célebre artista, hizo rápidos y extraordinarios progresos en la escultura.

Bramante, arquitecto del Vaticano, tío de Rafael de Urbino, encargóle al mismo tiempo que á otros varios artistas hiciese de gran tamaño un modelo de cera de Laoconte, con objeto de vaciarle en bronce, lo que, ejecutado, regresó á Florencia á continuar, por muerte del afamado pintor Filippo Lippi, la tabla del altar mayor de los monjes de San Jerónimo.

Establecido por algun tiempo en aquella hermosa ciudad, y contando entre sus amigos á Baccio Baudinelli, Andrea del Sarto y á otros distinguidos artistas de aquella época, se restituyó á España en 1520, con copioso caudal de conocimientos.

Zaragoza, esa ciudad heroica que habia de escribir más tarde con la sangre generosa de sus hijos una de las más brillantes páginas de nuestra historia, acogió en su recinto por algun tiempo á nuestro artista, durante el cual ejecutó el retablo y sepulcro del vicecanciller de Aragón, don Antonio Agustín.

De aquí pasó á Huesca, deseoso de conocer á D. Damian Formente, escultor de nombradía, que ejecutaba á la sazón el retablo mayor de la catedral.

Esta visita de Alfonso fué de suma importancia para Formente, quien, merced á las observaciones de su nuevo amigo, corrigió su manera, y emendando su estilo, procuró imitar el de los célebres maestros italianos que tan bien aprendido traía Berruguete.

De Huesca vino á Castilla, y el emperador Carlos V le trató con todo género de distinciones, nombrándole su escultor y pintor de cámara, y encargándole varias obras, tanto para su alcázar de Madrid como para el palacio que entonces se construía en Granada.

La fortuna, esa diosa esquiva casi siempre para todos los artistas, acarició por completo á Berruguete de tal manera, que no sólo se vió distinguido por el soberano, sino que el arzobispo de Toledo Fonseca y el obispo de Cuenca Ramirez de Villaseca encomendaronle obras de importancia, que supo llevar á cabo con especial gusto y talento.

Unido en matrimonio con doña Juana Payada, señora de agradables prendas y

vecina de Valladolid, fijó en esta ciudad su residencia nuestro distinguido artista, en donde ejecutó el sepulcro de fray Alonso de Búrgos, obispo de Palencia, el retablo mayor de San Benito el Real y otras diversas obras, tanto para la ciudad como para los demas pueblos de la provincia.

En el año de 1535, el cabildo de Toledo abrió certámen con el fin de mandar hacer la sillería alta del coro de la catedral, y con este motivo presentaron sus trazas los mejores artistas de nuestra patria, entre los que se veían Diego de Siloe, Juan Picardo, Felipe de Vigarni ó Borgoña, y Berruguete.

Vistos y examinados los diseños por un entendido tribunal, merecieron la preferencia los de Vigarni y Berruguete, por lo que se celebró con ellos contrato el día 1.º de Enero de 1539, en el que se obligaron á ejecutar cada uno treinta y cinco sillas, y Vigarni ademas la del prelado, llevando por la mano de obra de cada una de ellas ciento cincuenta ducados de la moneda de entonces, ó sean tres mil ciento doce reales diez y siete maravedís, pues el ducado equivalía á veinte reales veintiseis maravedís, y siendo de cuenta del cabildo el proporcionarles el nogal, alabastro y mármol que necesitasen.

Terminadas por los artistas las setenta sillas, en donde esculpieron á competencia cuanto de más rico y admirable concibieron sus genios, Vigarni, que se entretuvo en dirigir la recomposición del cimborrio de Búrgos, murió en Toledo sin empezar la del prelado, por cuyo motivo se le encomendó á Berruguete, que la hizo en Valladolid en 1543, á excepción de la admirable medalla de mármol que le sirve de respaldo, representando á la Virgen echando la casulla á San Ildefonso, la cual fué ejecutada por Gregorio Vigarni, hermano del difunto Felipe.

Encuéntranse colocadas estas preciosísimas sillas en el coro, las de Berruguete al lado de la Epístola, y las de Borgoña al del Evangelio; y el cabildo, para perpetuar la memoria de tan célebres escultores, puso en el mismo sitio la inscripción siguiente:

«Tallaron estas labores, así las de mármoles como las de madera, en este lado, Felipe de Borgoña, y en el opuesto el español Berruguete; compitieron entonces los ingenios de los artífices, y de la misma manera competirán siempre los juicios ó pareceres de los que examinen esta obra.»

A seguida de estas trabajos, Alonso ejecutó en Toledo el misterio de la Transfiguración del Señor, magnífico grupo de seis figuras del tamaño natural, hecho de un solo trozo de mármol, que se ostenta colocado sobre la citada silla arzobispal, y que es indudablemente una de los mejores obras que, produjo el cincel del aventajado discípulo del autor de Penseroso.

Obras de tanta consideración, dieron un renombre tal á Berruguete, que no tan sólo se vió aclamado como el primer artista español de su época, sino que los honores y las riquezas le cercaron de tal modo, que en el año de 1559 compró al monarca don Felipe II el señorío y alcabalas de la villa de Ventosa, cerca de Valladolid.

Pero si en todas las concepciones que realizó nuestro artista dió á conocer sus copiosos conocimientos y su inspirado genio, en ninguna llegó á tanta altura como en su última obra, en el sepulcro del cardenal Tavera.

Esta famosa urna cineraria, tallada en excelente mármol blanco, elevase enmedio de la espaciosa iglesia del hospital de San Juan Bautista de Toledo, fundación del citado cardenal; y si al fijarse en las delicadas labores de que se encuentra cuajada, y en los riquísimos medallones y bajos relieves que ostenta, se comprende seguida que aquello es la obra de un artista consumado y profundo, al posar los ojos en la estatua yacente del cardenal, un sentimiento de admiración mucho más grande se apodera de nuestra alma, pues la faz grave y tranquila del prelado, y en la disposición y verdad de los paños y de los más pequeños detalles de su rico traje, se ve la mano de un genio superior, de uno de esos gigantes del arte que animan con sus cinceles las piedras, haciéndoles copiar los sentimientos que abre la inspiración de sus almas privilegiadas.

Esta fué su última obra, pues murió en una habitación del mismo hospital en 1561; su vida se apagó al terminarla, como si en los postreros golpes de su cincel salieran enrygellos los últimos destellos de su genio.

Discípulo de Miguel Angel Bonarroti, como ya dijimos, profesó, á imitación de

su maestro, los tres artes de pintura, arquitectura y escultura, sobresaliendo en este último á la manera de su aventajado profesor.

Sus obras son muchas, de tal modo que sólo las que existen en Toledo parece corta la vida de un hombre para poderlas ejecutar; pero no son suyas todas las que se le suponen, ocurriendo con Berruguete, como dice muy bien el Sr. Cea Bermudez en sus Noticias de los arquitectos, lo que con esos grandes artistas á quienes se les atribuyen todas las buenas obras de su tiempo.

Francisco de Holanda incluye á Berruguete entre los famosos pintores modernos á quienes llaman águilas. Palomino dice que fué quien trajo á España el modo de pintar al óleo con más perfección que alguno hasta su tiempo; siendo tambien gloria suya el haber sido el primero que practicó y enseñó en nuestra patria la proporción quineupla del cuerpo humano, opinión combatida por Guarito, Borgoña y Durero, y que prevaleció al fin, siendo despues adoptada por los mejores artífices.

Una suma corrección de dibujo, la nobleza de los caracteres, la manera de buscar el desnudo sobre el vestido de las figuras, la anatomía cargada y la grandiosidad en las formas, son el carácter especial de sus obras, siempre concluidas con esmero, si bien sería de desear en ellas, lo mismo que en las de Miguel Angel, más carnosidad y ménos movimiento en las figuras.

Berruguete fué, pues, si no el príncipe de los escultores españoles, como algunos aseveran, uno de nuestros primeros artistas del siglo XVI, de ese siglo de oro, en el cual Garcilaso, Fray Luis de Leon, Padilla, Colon, Antonio de Leiva, y toda aquella brillante pléyade de grandes hombres enriqueció con sus hechos, su genio ó sus proezas la gran historia de nuestra patria.

JULIAN CASTELLANOS

La China.

La geografía en la China es un trabajo tan vago por la contradicción de los datos, y tan gigantesco por sus proporciones, que apenas serian suficientes muchos volúmenes para discurrir y establecerla. ¿Cómo puede reconocerse, efectivamente, en medio de 1.572 ciudades, 2.796 templos, 3.158 puentes, 110.809 edificios, ó bien entre 705 lagos y 14.005 montañas, nombradas por los autores chinos? Su historia natural, determinada en algunos hechos, no es ménos dudosa en otros, y en general muy incompleta.

En una extensión que se prolonga entre los 69° y los 141° longitud E., y los 18° y los 51° latitud N., en medio de todos los accidentes de terrenos imaginables con comarcas montuosas y valles inundados, estepas y marismas, llanuras fecundas y collados productivos rebosando de brazos surcada de canales, la China debe producir cuanto se quiera, y pocas deben ser las variedades de árboles y de plantas que escapan á su vasta nomenclatura; ademas, la agricultura es tan honrada en China, desde tiempo inmemorial, que en cierta época del año se celebra una fiesta, en la que el mismo emperador dirige un arado y traza con su mano un surco en el campo.

A más de todos los animales domésticos de Europa, se halla en China el camello, que es pequeño y degenerado. En sus selvas se halla el elefante, el rinoceronte unicornio, el león sin melena, el tigre, los monos y el piteca, que imita los gestos y hasta la sonrisa del hombre, el ciervo, el jabalí, el zorro y una multitud de otros animales. Abunda la volateria, especialmente los ánades. Entre las aves se distinguen el faisán dorado y argentado, la cerceta y el pájaro pescador. El dorado chino, ornamento de las ensenadas del país, ha sido trasportado á Europa, donde sirve para el mismo uso.

Respecto á las costumbres del pueblo chino, aunque se han exagerado en gran manera, merecen, sin embargo, llamar la atención.

La vida retirada de las mujeres no se extiende hasta las aldeanas, las que ampuado dirigen el arado y se dedican á los trabajos más mecánicos, pero se observa con todo rigor en las clases elevadas, donde reina la etiqueta ceremoniosa y una especie de jerarquía de familia, única virtud que en todos tiempos ha servido de tema á los exagerados admiradores de la civilización china, y que consiste en un respeto filial, el cual llega hasta lo absurdo.

En China, como antiguamente en Roma, un padre puede vender á su hijo como esclavo; y sea por capricho, sea por indigencia, usan con bastante frecuencia de este derecho. Las mozas en especial son casi siempre objeto de un negocio mercantil entre los padres y el novio. Lo más singular es que éste compra siempre sin ver. No es libre de reclamar la mercancía mas que en el momento decisivo. Cuando el coche que conduce á la desposada á la casa de su marido llega ante el domicilio de éste, le dan la llave de la portezuela del carruaje. Únicamente los regalos y el precio del negocio se pierden para el novio cuando no acepta á la novia.

Los chinos tienen un gusto bien definido por el juego. Raras veces sale un hombre de su casa sin llevar en la faltriquera un juego de dados ó de naipes; á falta de éstos se sirven de sus manos y juegan al *tsaímoi*, especie de *morra*, conocida en Francia, y de la cual son sumamente apasionados los napolitanos. Conocen igualmente el ajedrez, las riñas de gallos, de codornices, de langostas y de grillos.

Los chinos de buen tone se levantan de la cama á las once de la mañana. Su desayuno se compone de diversos platos de carne, pescados y legumbres, servido todo en salvillas, con una taza ó dos de néctar chino, el *ciou-hen-tsou*, que se toma caliente. Esta bebida, ligeramente ácida, se extrae del maíz, tiene un gusto bastante desagradable, pero rara vez produce borrachera y ayuda al vigor del cuerpo.

Este almuerzo termina con un plato de arroz, que se toma generalmente con un pescado salado. Enseguida viene el té; se echa agua hirviendo sobre las hojas y le presentan en grandes tazas, que los chinos apuran sin exhar azúcar.

A las dos se sirve un refrigerio, compuesto de frutas de la estación, despues de las cuales vuelve á tomarse el té. En las casas bien acomodadas la comida se sirve á las seis de la tarde, y si es un convite formal, debe ser acompañado de música vocal ó instrumental ó algun espectáculo.

Las grandes comidas empiezan siempre por leche de almendras, la que se sirve en grandes tazas, y despues de ellas manjares.

La mesa se cubre toda de vasijas de loza y de vidrio blanco, para el vino ó *ciou-hen-tsou*, y de platos con frutas.

Los manjares se componen de jamon, aves, huevos, etc., condimentados con salsas que solos los chinos pueden comer.

Los chinos tienen tanta pasión por el tabaco, que á veces fuman hasta en la mesa entre plato y plato. Cada uno lleva consigo uno ó dos sirvientes de pipa; su ocupación consiste en colocar la pipa en la boca de sus señores, y como saben los momentos en que tienen costumbre de fumar, se la presentan sin dar lugar á que se la pidan.

La legislación despótica que rige en la China no hubiera sobrevivido, sin duda, á una civilización material bastante avanzada, si el carácter indígena no se hubiese prestado á todos los abusos del poder. A esta tendencia debe atribuirse el frecuente uso del mambú, que sirve á la policía de todo el imperio. A la menor falta, al menor delito, les aplican una dosis más ó ménos fuerte de esta pena, dejada, por lo comun, á la discreción del mandarín.

El mambú y la miseria constituyen los dos elementos de degradación del carácter chino: el egoísmo y el embrutecimiento, sus cualidades más gráficas.

D. DE V.

Un periódico inglés.

Una de las cosas más admirables de la civilización, lo que confundiría y dejaría atónitos á nuestras antepasados si les fuera posible volver á la vida, sería esa enciclopedia viva y diaria que constituye en la actualidad un periódico. ¿Se hubiera concebido en otro tiempo la idea de esa redacción tan rápida, de esa irradiación casi instantánea desde todos los confines del globo de cuantas noticias pueden interesar á las diferentes clases de lectores? Lo que admira cuando se entra en la redacción de un periódico francés que tira treinta ó cuarenta mil ejemplares, asombra cuando se trata de esos periódicos ingleses que cuentan los lectores por centenares de miles.

No podemos resistir á la tentación de reproducir los siguientes apuntes que nos ha facilitado un amigo que acaba de llegar de Londres y ha visitado allí la redacción del *Daily Telegraph*, porque son muy interesantes.

La diez de la noche es la hora más apropiada para ir al establecimiento y presenciar la elaboración del periódico, desde los primeros trabajos hasta que se entregan los números á las empresas encargadas de su repartición y expendición.

Se entra primeramente en una serie de salas adonde llegan los originales, que son lo que el cerebro para el organismo humano. En una de estas salas hay un telégrafo eléctrico de tres hilos, de los cuales uno termina en la Cámara de los Comunes, otro en la agencia Reuter, y el tercero en la casa del propietario del periódico. Este telégrafo es uno de los agentes más activos de la redacción, pues puede ántes que el taquígrafo dar el resumen ó el texto mismo de una discusión importante de la Cámara de los Comunes, ó transmitir el telegrama interesante que va á servir de base para el artículo de fondo.

En la mesa del subeditor, que está encargado especialmente de la confección intelectual del periódico, se ve un inmenso par de tijeras que sirven para cortar rápidamente las noticias más interesantes de entre las que van llegando en masa; son las tijeras que proporcionan el original necesario al apetito voraz del periódico, original que envían los redactores llamados escritores á dos sueldos por línea.

En la misma mesa donde se hace este recorte de noticias, se ven alineadas con sus sobres azules, verdes, encarnados, amarillos, etc., las correspondencias extranjeras que remiten de todas las ciudades principales de Europa los redactores corresponsales del periódico.

Se pasa desde esta sala de composición á otra, donde siete individuos están ocupados en cortar en pequeños trozos el original para distribuirlo á los cajistas, los cuales, con frecuencia, son diez en componer una peroración política, de la que sólo conoce cada cual una décima parte; pero esto les es completamente indiferente, porque el trabajo del cajista es tan rápido, que nunca tiene noticia de lo que compone.

Cuando cada cual ha terminado su tarea, deposita su parte en una larga mesa, donde se colocan y unen los fragmentos por orden para reconstituir el artículo.

Estos hombres trabajan desde las cuatro de la tarde hasta las dos de la noche, y ganan de tres á cuatro guineas por semana, lo cual no es demasiado si se considera que tienen que descifrar con frecuencia manuscritos que son verdaderos jeroglíficos.

Al lado de las salas donde están los cajistas se halla la fábrica de letras y de matrices, fábrica que descansa muy poco, porque un periódico gasta más letra de la que puede imaginarse. En efecto, en el taller de impresión, veintiseis cilindros funcionan para imprimir el periódico, del cual se tiran unos 125.000 números diarios.

Cuando todas las prensas están en movimiento, imprimen 884 números por minuto; la longitud del papel que se consume en un día es de 116 millas, y en una sola noche se consumen 396 libras de tinta.

Para el extranjero que visita la sala de las máquinas, el estruendo que forman, su movimiento y el de los centenares de obreros empleados en arrojar pasto al monstruo de la prensa, se realiza la idea de un Pandemonium. Por lo demas, los expendedores y repartidores del periódico forman un verdadero ejército.

Variedades.

Un periódico alemán da la composición de algunas sustancias explosivas que pueden reemplazar á la pólvora: *Dioecina*: salitre, 50 partes; nitrato de sosa, 25; azufre, 12; aserrín 13. *Nitruina*: nitrato de sosa, 60.5; carbon, 15.23; azufre, 11.43; petróleo, 4.29. *Petrálita*: salitre 64; madera ó carbon, 30; antimonio crudo, 6. *Thonita*: salitre 75; azufre, 10; lignito, 10; picrato de sosa, 3; clorato de potasa, 2. *Carbonitruina*: salitre, 61.04; sulfato de hierro, 0.73; hollín, 24.05; azufre, 13.58.

Al practicar el desmonte de unas ruinas en la calle de Reding, de Tarragona, se han hallado varios objetos de uso doméstico pertenecientes á los últimos tiempos de la dominación romana, figurando entre ellos una ara de piedra del país, en la que hay toscamente esculpidos algunos caracteres que corresponden á diversas civilizaciones.